



**Ángel López García y Montserrat Veyrat Rigat:  
*Lingüística aplicada a la traducción***

(Valencia, Tirant Humanidades, 2012. 272 páginas)

Lo que eran direcciones en la vieja lingüística aplicada se han independizado constituyéndose en nuevas disciplinas. Esta autonomía ha ido alejándolas de la matriz lingüística haciendo intervenir otros conocimientos y saberes, cada vez más presentes en la formación de sus jóvenes cultivadores.

La Traductología es un ejemplo claro de ello. Como disciplina académica plenamente asentada, cuenta ya con grados universitarios, másteres y programas de doctorado propios, manuales de referencia (Baker, López Guix y J. Minnet, Zaro y otros, Snell-Hornby, Newmark, Hurtado Albir... y el reciente Nida [2012]), historiografía (García Yebra, Vega, Moya, Ruiz Casanova), revistas especializadas (ver <http://www.ua.es/dpto/trad.int/recursos/revistas.html#revtrad>), en fin, una bibliografía que ya es inmensa (ver <http://dti.ua.es/es/bitra/introduccion.html>).

En esta circunstancia, López García y Veyrat (2012) es una muestra del papel de la Lingüística como disciplina fundamental para todas aquellas que sitúan su objeto en algún aspecto del lenguaje, las lenguas y los textos. En este sentido, es también un recordatorio de que las urgentes y concretas tareas del traductor nunca podrán realizarse bien sin la guía de unas ideas claras y distintas. Este maridaje es el camino para una Traductología como ciencia autónoma (p. 86).

Naturalmente, los contratos imponen condiciones a las dos partes y la Lingüística debe cumplir con las suyas. El principio de Leibniz de *Scientia, quo magis theorica, magis practica*, actualizado por Coseriu, debe entenderse en un doble sentido: la

disciplina teórica (la Lingüística) no puede desentenderse de los problemas concretos, como tampoco la que se ocupa de estos (la Traductología) debe ignorar la información que proporciona la primera. Es inevitable no pensar en el conocido aforismo atribuido a Kant de que la práctica sin teoría es ciega y la teoría sin práctica, estéril.

Frente a intentos anteriores que siguen el esquema de los manuales de Lingüística (Muñoz, 1995), el libro que reseñamos ofrece a los traductores una lingüística renovada, fundamentada neurolingüística y psicolingüísticamente (pp. 154-155). Además, Á. López y M. Veyrat lo hacen, no desde segundas y terceras lecturas, sino desde el conocimiento directo proporcionado por décadas de investigación en estas áreas, en las que son figuras indiscutibles.

Esta temática neurotraductológica le proporciona atractivo, pero también riesgo, puesto que se trata de una obra para traductores. A ello se refiere claramente M. Veyrat (p. 14), sin negar al mismo tiempo que algunos contenidos, a veces bastante técnicos, se alejan de la Traductología (pp. 28 y 97). Pensamos de modo especial en los capítulos 1, 2 y 6, cuya relación con esta es solo indirecta.

López García y Veyrat (2012) está compuesto de seis capítulos independientes, los dos primeros escritos por Montserrat Veyrat y los cuatro últimos por Ángel López. Aunque las diferentes autoría y temática imponen lógicas diferenciadas, les unen intuiciones comunes y un modo de afrontar los fenómenos propios de la Escuela de Valencia (pp. 221-234). No obstante, esta unidad interna habría ganado con una introducción y unas conclusiones que el lector habría agradecido también por la complejidad de algunas de sus páginas.

En el capítulo 1, “La lengua materna y la(s) segunda(s) lengua(s)”, Veyrat traza un documentado panorama sobre el proceso de adquisición/aprendizaje de las lenguas. Para justificar esta cuestión en un libro destinado a traductores, se señala la condición del traductor como aprendiente de lenguas extranjeras (LE) y segundas lenguas (2L) (sobre esta conocida distinción, pp. 31-32). Se trata de un hecho obvio, pero en el que no suele repararse (p. 10) y que será matizado en los capítulos 4 y 5. Por otro lado, el capítulo es una manifestación del principio del antidogmatismo de Coseriu y de seguimiento de un sabio consejo de Á. López, expuesto hace más de treinta años:

Aunque la Lingüística *como ciencia* es tan antigua como el hombre mismo (...), el único progreso posible, en el momento presente, estriba en no sugerir hipótesis alternativas, que sin duda encontrarían antecedentes históricos con facilidad, sino en construir una Lingüística global capaz de dar razón de todas ellas y, por lo mismo, de la especificidad de nuestra disciplina (López García, 1980: 23).

En el capítulo hay ideas interesantes sobre la naturaleza del aprendizaje (pp. 19-20) o la continuidad que hay en la adquisición de las dos lenguas en los niños bilingües (pp. 22-23). Sin embargo, lo que más relevante nos ha resultado es el apartado dedicado a los “Factores individuales y periféricos en el conocimiento de las lenguas. Los estilos de aprendizaje y la metodología innovadora en la enseñanza” (pp. 42-57). Ante las posibilidades de la nueva educación a distancia de la que es una decidida defensora, M. Veyrat realiza una exposición muy atractiva y enriquecida de la teoría de F. Di Gesù (2009) sobre el aprendizaje de las lenguas como sinergia de conocimientos. Esta teoría fundamenta los diversos estilos de aprendizaje y, en consecuencia, el tipo de enseñanza y docente que les corresponde sobre la base del perfil cognitivo de los aprendientes.

El capítulo 2, “Hacia el estudio del cerebro bilingüe”, comienza con la Neurolingüística y, dentro de esta, de la Lingüística clínica en la que lleva trabajando tiempo la autora. Puede comprobarse en las detalladas páginas que dedica a las técnicas de neuroimagen (pp. 65-86). Sobre dichas técnicas se vuelve críticamente en el capítulo 5 (pp. 187-189).

Tras ello, la autora se centra en la neurolingüística como disciplina aplicada. Lo que M. Veyrat dice de esta en las pp. 86-88 podría aplicarse sin duda a la Traductología. Interesa mucho lo que cuenta sobre los lesionados en el hemisferio derecho cerebral (pp. 92-93). Seguidamente, aparece mucha información sobre la estructura general del cerebro (pp. 94-101). Concluye el capítulo con una descripción en profundidad del bilingüismo que completa lo ya anticipado en el capítulo anterior.

Con el capítulo 3, “Traducción vertical y traducción horizontal: el concepto de distancia en traducción”, comienzan los debidos a Á. López García. Este primer capítulo suyo aborda dos cuestiones fundamentales del proceso traductor: el *tertium comparationis* y la distancia entre el texto origen y el texto meta. La conclusión a la que llega es que “traducir de un texto de L1 a L2 es ‘desplazarlo’ de un espacio cognitivo a otro”. De acuerdo

con el componente lingüístico que domine en el texto (léxico, gramatical o pragmático), este desplazamiento consiste en “un acto comunicativo continuo, como lo puede ser el desarrollo de una seña gestual” (p. 162). Por debajo de esta afirmación, late la idea de una base común entre la actividad hablante ordinaria y la traductora, por tanto, entre la Lingüística y la Traductología (pp. 154-155).

Esta doble conclusión adquiere su pleno sentido cuando se sigue el discurso extraordinariamente lúcido que lo sustenta. Sus puntos fundamentales son: 1) el enfrentamiento, en torno a la comparación de las lenguas, entre los enfoques universalista y tipológico, lo que le lleva a reflexionar sobre los universales traductológicos. 2) La distinción traducción horizontal (entre lenguas distintas) / vertical (entre discursos diferentes de una misma lengua). La traducción debe atender a ambas, no solo a la primera (p. 155). 3) Frente a lo que sucede en la comunicación en la misma lengua, en la traducción se da por supuesta siempre la existencia de una distancia (pp. 156-157). Esta idea lo lleva a rechazar la existencia del *tertium comparationis* (p. 157). 4) Existe un paralelismo entre la traducción y la transformación geométrica, de modo que los tres tipos que se distinguen en esta (espacios afin, proyectivo y topológico, pp. 158-159) tienen una correspondencia con los tres niveles de la traducción (léxico, gramatical y pragmático) (pp. 159-161). 5) Esta correspondencia entre tipos de transformación geométrica y traducción, apunta a una base neural común reflejada en nuestras percepciones (pp. 161-162). Sobre ello se volverá en los capítulos 5 y 6.

En el capítulo 4, “De la traducción como sustitución a la traducción como evolución”, continúa y desarrolla el anterior, de modo que reaparecen los conceptos de distancia (p. 167) y el de *tertium comparationis*, que vuelve a negarse (pp. 169, 179). En este nuevo capítulo se rechaza la comparación del proceso de adquisición/aprendizaje de una LE/L2 con la traducción (pp. 179-180). Este rechazo ha venido precedido de la crítica a dos grandes enfoques en la didáctica de LE/L2, el contrastivo (a la gramática contrastiva ya se aludió en pp. 36-37) y la interlengua, que asocia, respectivamente, a dos modelos traductivos: la traducción como sustitución y la traducción como evolución (p. 163).

Frente a lo que sucede con el aprendiente de una LE/L2, la traducción aparece como “un *cambio brusco* desde el mensaje en LO al mensaje en LM”, pero sin impedir que el mensaje sea

“el mismo” (p. 180. Las cursivas en el original). Para explicarlo, Á. López acude a la teoría de Catástrofes de R. Thom (pp. 182-186), bien conocida por él, para mostrar el papel mediador de la traducción (p. 185).

“Neurología del proceso traductivo” es el título del capítulo 5. Su contenido es un desarrollo y aplicación al proceso traductor de lo expuesto en el capítulo 2 y, desde luego, de los dos capítulos anteriores. En la misma línea de lo afirmado al final del capítulo 4, la traducción se presenta como “un proceso neurológico gradual de remplazo de unas articulaciones sinápticas por otras, pero con un salto brusco” que supone la “recombinación de códigos” (p. 211).

El capítulo es bastante técnico, pero el esfuerzo merece la pena, pues tras su lectura se obtiene una comprensión mucho más profunda de lo que sucede en el cerebro del traductor y, lo que es particularmente interesante, del problema clásico de la intraducibilidad. Este es presentado por Á. López como una indeterminación resoluble (pp. 212-219), consecuencia de que “no existe una sola traducción, sino muchas, las cuales compiten entre sí en la mente del traductor hasta que se impone la más adecuada al contexto y a la situación” (p. 207).

El soporte argumentativo vuelve a ser la correspondencia entre ámbitos aparentemente –solo aparentemente– separados: la visión, la actividad neuronal del aprendizaje, la comunicación celular, el lenguaje y la traducción. Frente a las divulgaciones al uso destinadas a impresionar al lego, estas correspondencias se examinan críticamente.

Sobre las ideas principales de la Escuela de Valencia, el capítulo 6, “La gramática y el léxico desde el punto de vista neurológico”, gira alrededor de la dicotomía lenguaje/meta-lenguaje que, en el caso de la traducción, es particularmente importante (p. 244).

López García y Veyrat (2012) es un libro llamado a ser muy útil para traductores y lingüistas. Para los primeros por la información tan relevante que proporciona sobre el proceso mental de la traducción, en relación con otros como la adquisición de la lengua materna y las LE/2L (o de dos lenguas en los niños bilingües), el hablar o la actividad metalingüísticas. Para los segundos, por esto mismo.

**Bibliografía citada**

- LÓPEZ GARCÍA, Ángel, 1980: *Para una gramática liminar*, Madrid: Cátedra.  
MUÑOZ MARTÍN, Ricardo, 1995: *Lingüística para traducir*, Barcelona: Teide.  
NIDA, Eugene, 2012: *Sobre la traducción* (selección y traducción del autor y de M. Elena Fernández-Miranda-Nida), Madrid: Cátedra.

Manuel Martí Sánchez  
Universidad de Alcalá, España  
manuel.marti@uah.es